

La pregunta es  
a qué español traducimos

**Liliana Bernardita Mariotto**

El título completo de este trabajo debería decir *La pregunta es a qué español traducimos y qué español hablamos*, pero, debido a la limitación de espacio reglamentaria, quedó reducido al que figura en el programa. Para responder la pregunta, analicé varios ejemplos de comunicación oral y escrita, traducciones y textos originales en español, actos de habla de traductores y no traductores y textos de diversos géneros, que no puedo reproducir en este breve espacio. Los ejemplos aparecen en textos de registro vulgar, coloquial, estándar y culto para públicos especialistas y legos.

Esta variedad de fuentes indica que el aspecto de la comunicación objeto de este trabajo no se agota en el texto traducido, pero es ese texto el centro del análisis.

La base para el análisis es la normativa del español, sin tomar en cuenta variaciones diatópicas, diastráticas, variedades situacionales, cronolectos ni idiolectos.

No trataré los extranjerismos porque no constituyen el tema central del análisis y, además, son necesarios en las jergas, mientras que este trabajo critica un uso determinado del lenguaje.

Tampoco hablaré de los neologismos. Sabemos que todas las especificidades del idioma son necesarias en diversas situaciones, por ejemplo, vocabulario técnico, cronolecto, sociolecto, idiolecto.

El objetivo es analizar y reflexionar sobre el modelo de comunicación que ha cobrado un gran auge en los últimos años, y que trasciende las diferencias entre los registros solemne, culto, estándar, profesional, coloquial, vulgar y jergal.

Es una verdad de Perogrullo que el inglés está presente en el español con una frecuencia altísima, y son continuas las situaciones de habla en las que el inglés aparece en segundo plano. Este fenómeno se presenta en formas lexicales y estructurales. El trabajo se centra principalmente en el aspecto estructural, porque es el que mejor representa el híbrido en el que se ha transformado nuestro idioma.

La crítica de este trabajo pretende desnudar un modelo de comunicación idiomática, una forma de decir, que se nos está metiendo debajo de la piel sin que nos demos cuenta. Tanto es así, que el problema –considero que es un problema– ya no es únicamente del traductor sino también del hablante común, ese hablante que es un simple usuario del idioma, que no tiene el idioma como objeto de estudio o trabajo.

Dicho esto, me concentraré casi exclusivamente en la figura del traductor. El texto original (TO) ejerce un poder tan grande, que el traductor modifica su escritura y adopta formas de decir que no adoptaría si redactara el mismo texto directamente en español. Frente al TO, pierde la libertad y el poder de decisión; es como si estuviera embrujado y trabajara

sometido al influjo del texto rector. El resultado es una traducción contaminada con una cantidad excesiva de elementos del TO, como palabras de uso poco frecuente, construcciones extrañas, paráfrasis innecesarias, conectores inútiles, redundancias, palabras generales con pretensión de término, palabras donde debería haber silencios y silencios donde debería haber traducción. Cuando en un negocio el vendedor nos pregunta “¿En qué puedo ayudarte?” o “¿Te ayudo?”, emite un enunciado socioculturalmente inadaptado. Sin ser traductor, traduce “Can I help you?” o “How can I help you?” La pregunta en inglés no habla de ayudar, pero sí la traducción literal. Hace unos años, antes de que el inglés nos invadiera de la forma en que lo ha hecho, el vendedor preguntaba “¿Qué necesita?” o “¿Qué le muestro?”.

Si el traductor logra apartarse del TO, lo hace a costa de un gran esfuerzo, no como resultado de un proceso mental natural o automático.

**Ejemplo 1.** La oración *Adicionalmente, los documentos deben estar firmados por el padre o la madre o el tutor del alumno* no sigue las reglas de construcción del español sino las del inglés. El original dice “*Additionally, the documents must be signed by the student’s father or mother or guardian*”. Una traducción natural en español es, por ejemplo, “Además, los documentos deben estar firmados por uno de los padres o el tutor del alumno”. Tenemos un caso de traducción literal –*adicionalmente*–, vocablo de baja frecuencia en nuestro decir cotidiano, o, al menos, hasta antes de la invasión imparable del inglés, y el error sintáctico de usar la conjunción disyuntiva “o” como en inglés, en lugar de la puntuación correcta en español.

**Ejemplo 2.** Donde dice “El español es el segundo idioma más utilizado en Internet” debe decir “El español es el segundo de los idiomas más usados o utilizados en Internet”. El texto original es *Spanish is the second most used language on Internet*. Huelgan los comentarios sobre este calco estructural.

**Ejemplo 3.** Si a un lego (no traductor) se le dan datos para redactar un concepto o una instrucción, por ejemplo, que nadie puede ingresar en un lugar determinado si no tiene un documento de identidad para mostrar, probablemente diga que “Para ingresar, se debe mostrar un documento de identidad”.

Si un traductor tiene que traducir la instrucción “*Individual members must exhibit their IDs upon admisión*”, probablemente diga que “Los miembros individuales deben exhibir sus identificaciones antes de ser admitidos”. Un traductor que puede apartarse del TO diría “Cada miembro debe exhibir su identificación para ser admitido”. Por último, cuando la mentalidad de traductor se pone en juego, la competencia comunicativa prevalece y demuestra que se puede traducir no solo mediante palabras,

sino también construyendo el texto conforme a la normativa del TM, en nuestro caso, el español, y con la intención requerida. Este traductor, sin influencias del TO, dirá “Mostrar un documento de identidad para ingresar”, “Antes de ingresar, mostrar (o muestre) un documento de identidad”. Ni siquiera menciona los miembros, el destinatario del mensaje, porque en español es inequívoco. Si hubiera que distinguir entre miembros y no miembros, el mensaje sería diferente.

Estos ejemplos son reales, tomados de diversas situaciones y diversos actos de habla, como los medios, traducciones que he corregido, listas de traducción en las que participo, sitios web traducidos al español, por un lado, y escritos originalmente en español por el otro, y enunciados de distintos emisores. Esta variedad de fuentes indica que esos modelos de corrección idiomática, esas formas de decir afectadas por el inglés, no provienen solamente de la traducción propiamente dicha, sino de una traducción que penetra indirectamente, una traducción que circula y que ya forma parte de nuestra lengua, que ya está instalada en el hablante no traductor.

Es cada vez más frecuente oír que alguien está enfocado en un proyecto o un trabajo, o que tiene que focalizarse para poder hacer tal o cual cosa.

Enfocar tiene tres acepciones en el D. Clave: 1. Enfocar una imagen en el visor de la cámara. 2. Proyectar un haz de luz sobre un cuerpo o un lugar (enfocar con una linterna). 3. Plantear o estudiar un asunto (enfocar un problema). Ninguna de las tres indica que es un verbo reflexivo o pronominal, por lo que no es correcto usar esas construcciones con este verbo. Es un verbo transitivo. Entonces, podemos enfocarnos solamente cuando nos sacamos una foto nosotros mismos. Focalizar también es transitivo y no admite la forma intransitiva. Supongo que proviene de la construcción verbal del inglés *to focus on something*.

**Ejemplo 4.** En un programa sobre tenis, el comentarista decía que “Ahora, el 13 veces ganador de torneos de Grand Slam está 9-3 en el historial con compatriotas, tras haber perdido dos veces con XX en 2000”. En un español construido conforme a sus normas, debería haber dicho “Ahora, el ganador de 13 torneos de Grand Slam está 9-3 en el historial con compatriotas, etc.”, pero como tiene incorporada la construcción inglesa *–The 13-time Grand Slam winner is 9-3 over his fellow contenders, after having lost two matches against XX in 2000–*, no puede hacer el cambio y termina hablando –no traduciendo– en un idioma híbrido. Este locutor es argentino, Javier Frana.

Un caso frecuentísimo es el uso de “por” en construcciones temporales, por ejemplo, “Estaré en ese hotel por tres días”. La construcción en español no lleva “por”; basta decir “Estaré en ese hotel tres días”. Es un ejemplo más de calco estructural del inglés, que sí exige la preposición *for* (*I’ll stay in this hotel for three days*).

Nuestro idioma dispone de los recursos necesarios, tanto léxicos como sintácticos, para expresar nuestro pensamiento de manera inequívoca, por lo que no es necesario recurrir a la construcción anglicada. Quien no trabaja con idiomas, no percibe estos errores ni las dificultades de comunicación que generan. Por ejemplo, “forma de aplicación” nos sugiere la manera de aplicar algo, una crema supongamos, pero la desconfianza a algunos nos hace ir más allá, y descubrimos que se trata de un formulario de solicitud, *form of application* en inglés.

El concepto de competencia comunicativa al que hice referencia, parte de la noción de que conocer una lengua no sólo es conocer un código o conjunto de formas lingüísticas, sino también tener una serie de habilidades para usar ese código en las diferentes situaciones comunicativas. Nace con Hymes<sup>1</sup> como ampliación del concepto de competencia lingüística definido por Chomsky<sup>2</sup>, va modificándose por la intervención de varios autores, como Canale y Swain<sup>3</sup>, y es sistematizada finalmente por Pulido y Pérez<sup>4</sup> en lo que hoy comprende nueve componentes que interactúan en el acto de comunicación bajo el nombre competencia comunicativa integral. De esas competencias –lingüística, sociolingüística, discursiva, estratégica, sociocultural, de aprendizaje, cognitiva, afectiva y comportamental– la **lingüística** (que sustituye la competencia gramatical propuesta por Canale y Swain), la **sociolingüística**, la **discursiva** y la **sociocultural**, son fundamentales para (a) construir una traducción gramaticalmente correcta, (b) adaptada a los diversos contextos sociolingüísticos y con enunciados adaptados tanto en la forma como en el significado, (c) con unidad de texto, lo que se logra mediante la cohesión y la coherencia y (d) adaptada a la cultura de la lengua meta (LM).

Chomsky estableció la dicotomía entre competencia y actuación lingüística (competence & performance) en un individuo ideal, pero Hymes detectó que ese modelo es falaz, porque el discurso no es individual sino social, es decir, está unido a factores socioculturales.

El modelo de comunicación que hoy impera en nuestro medio es un modelo contaminado por el inglés. Entonces, los invito a reflexionar sobre el uso de este español atípico y, a los docentes de traducción, sobre la enseñanza de la competencia comunicativa integral en la carrera de traductor y de traductor público de las universidades de nuestro país.

1- Hymes, Dell H. (1971): On Communicative Competence, Filadelfia, University of Pennsylvania Press pp. 269-293.

2- Chomsky, Noam (1965): Aspects of the Theory of Syntax. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press pp. 3-10.

3- Canale, M. y M. Swain (1980): “Theoretical bases of communicative approaches to second language teaching and testing”, *Journal of Applied Linguistics*, 1/1, pp. 1-47.

4- Pulido, Arturo; Vilma Pérez (2004): Hacia un concepto de competencia comunicativa integral: un novedoso acercamiento a sus dimensiones.

Deformaciones lingüísticas como las que mencioné nos ponen frente a la pérdida irreparable de nuestro idioma. Pero no podemos hacer mucho frente al lego. El que tiene posibilidades de hacer algo es el traductor.

El traductor no puede estar ajeno a esta situación, no debe bajar los brazos con resignación. Sería conveniente que descontaminara su propio idiolecto e hiciera lo necesario para evitar la penetración innecesaria del inglés, y en segundo lugar, que difundiera la construcción correcta de nuestra lengua entre sus pares, sus clientes, sus alumnos, según el caso. Un idioma bien hablado es bello en sí mismo. Invita a escucharlo, a prestarle atención y deleitarse, nos lleva de la mano por el texto, nos guía, sin que nos demos cuenta. Fluye y nos hace fluir.

Los modelos de enseñanza tradicional de la lengua materna, representados por la enseñanza escolar y la lengua culta escrita, en nuestro país hoy compiten con el modelo de los medios de comunicación, especialmente de transmisión audiovisual como la televisión. Hace ya unos años que los niños están expuestos a ese español afectado que es objeto de mi análisis de hoy. Los jóvenes construyen un español a semejanza del inglés, de modo que para un adolescente no es extraño formular una pregunta como “¿Qué tan grande es el Parque Centenario?” o “¿Qué tanto te gusta la torta de chocolate?” Antes de la contaminación sufrida por nuestro idioma, se preguntaba “¿Qué tamaño tiene el Parque Centenario?” o “¿Cuánto abarca el Parque Centenario?” “¿Te gusta la torta de chocolate?”

Este decir, que tanto me preocupa, refleja una pérdida acelerada de nuestro idioma genuino. Este decir habla de una invasión a la que abrimos la puerta sin resistencia. Si bien el inglés es una lengua de gran penetración, también es cierto que más penetra cuando menos resistencia encuentra.

Al perder el idioma, se pierde la identidad cultural. La persona se siente ajena a su propio idioma cuando las palabras y sus enlaces no la conmueven ni la reflejan; siente que quien le habla no se dirige a ella sino a un objeto general e indiscriminado. Esto la vuelve indiferente ante el discurso de su interlocutor. La argumentación pierde terreno y la riqueza del idioma se diluye en palabras y construcciones idiomáticas insulsas; el idioma deja de transmitir los olores, los sabores, la música de sus hablantes y deja de emocionarlos.

Cuando miramos una película doblada o subtitulada al español neutro, nos sorprendemos o nos reímos de algunas expresiones, pero no nos tocan el alma, no nos hacen morir de risa. Para eso, para llorar, enojarnos, indignarnos, regocijarnos, para poner las emociones a flor de piel, es necesario leer y oír en el propio idioma, con sus vocablos y enlaces, que son el espejo de cada cultura y sus sentimientos.

Entonces, no se trata de geolectos ni idiolectos, sino de cómo construir nuestro idioma con sus propias reglas.

No sigamos perdiendo batallas. En la medida en que cuidemos nuestra lengua, podremos seguir cuidando nuestra identidad cultural, podremos seguir comunicando y comunicándonos para que nuestro discurso se comprenda como queramos, para que las palabras sigan alimentándonos el alma y tendiendo puentes en lugar de levantar paredes.